

Original

Análisis de la incidencia de los mandatos y estereotipos patriarcales en la subjetividad de mujeres de mediana edad

GRACIELA ELENA FLORES, DIANA GABRIELA POBLETE, SILVINA ALEJANDRA MARCHISIO, ZUNILDA GLEDYS CAMPO, CLAUDIA INÉS CAMPO

GRACIELA ELENA FLORES
Magister en Psicoanálisis.
Universidad Nacional de San
Luis, Facultad de Psicología.
San Luis, R. Argentina.

DIANA GABRIELA POBLETE
Doctora en Psicología.
Universidad Nacional de San
Luis, Facultad de Psicología.
San Luis, R. Argentina.

SILVINA ALEJANDRA MARCHISIO
Magister en Psicoanálisis.
Universidad Nacional de San
Luis, Facultad de Psicología.
San Luis, R. Argentina.

ZUNILDA GLEDYS CAMPO
Magister en Psicoanálisis.
Universidad Nacional de San
Luis, Facultad de Psicología.
San Luis, R. Argentina.

CLAUDIA INÉS CAMPO.
Magister en Psicoanálisis.
Universidad Nacional de San
Luis, Facultad de Psicología.
San Luis, R. Argentina.

Proyecto de Investigación
Consolidado N° 12-0614 22/P407:
*El climaterio femenino y la crisis
de la edad media de la vida en el
contexto cultural actual.*
*Un abordaje de la subjetividad
femenina desde la teoría
psicoanalítica y la perspectiva de
género.* Universidad Nacional de
San Luis, Facultad de Psicología,
R. Argentina.

FECHA DE RECEPCIÓN: 29/09/2017
FECHA DE ACEPTACIÓN: 20/10/2017

CORRESPONDENCIA
Dra. Diana Gabriela Poblete.
Las Heras 942, D5700HTR.
San Luis, R. Argentina;
dianagpoblete@gmail.com

Introducción. Este trabajo se enmarca en una investigación más amplia que aborda la subjetividad femenina desde la teoría psicoanalítica y la perspectiva de género. **Diseño metodológico.** El objetivo de este artículo es comunicar algunas conclusiones provisionales de ese estudio, obtenidas a partir del análisis del material clínico recogido a través de la aplicación de entrevistas en profundidad. Se trata de una muestra no aleatoria de carácter accidental, constituida por cuarenta mujeres de sectores medios urbanos de la ciudad de San Luis, cuyas edades oscilan entre 42 y 57 años. Las problemáticas analizadas se refieren al vínculo que establecen las entrevistadas con la madre como modelo de género femenino, a las cualidades de la relación que mantienen con sus parejas e hijos, y a los sentidos que le otorgan al trabajo, así como a la posibilidad de elaborar proyectos alternativos, en este período de sus vidas. **Resultados y conclusiones.** Cabe señalar que la mayoría de las mujeres de la muestra presentan escasas posibilidades para revisar críticamente y resignificar los mandatos, los estereotipos, los mitos y los prejuicios construidos por la cultura patriarcal en relación con la femineidad.

Palabras clave: Psicoanálisis – Género – Femenidad – Vínculos emocionales.

Analysis of the Incidence of Mandates and Patriarchal Stereotypes on Middle-Aged Women Subjectivity

Introduction. This work is part of a wider research project that deals with feminine subjectivity from the perspective of Psychoanalysis theory and Gender Studies. **Methodological Design.** The objective of this article is to communicate some preliminary conclusions obtained from the analysis of the clinical material collected through in-depth interviews. We used a non-random, accidental sample made up of forty women from the urban middle sectors of the city of San Luis, whose ages range from 42 to 57. The problems analyzed through the study refer to the bond established by the interviewees with their mother as a female model, the qualities of the relationship they maintain with their partners and children, and the meanings they attribute to work, as well as the possibility of elaborating alternative projects in this period of their lives. **Results and/or Conclusions.** It should be noted that the majority of women in the sample have few possibilities to critically review and reframe the precepts, stereotypes, myths and prejudices built by the patriarchal culture in relation to femininity.

Keywords: Psychoanalysis – Gender – Femininity – Emotional Bonds.

Introducción

Este trabajo tiene el propósito de comunicar algunas conclusiones parciales de una investigación que indaga las características de la subjetividad femenina en la edad media de la vida, en cuarenta mujeres de la ciudad de San Luis, desde las conceptualizaciones psicoanalíticas y su articulación con la perspectiva de género. Se presentan los resultados obtenidos a partir del análisis del material recogido a través de la aplicación de entrevistas en profundidad. Se abordan las creencias, mitos y prejuicios que predominan en estas mujeres en relación con los vínculos que establecen con sus madres, con sus parejas, con sus hijos/as y con su trabajo.

Marco teórico

Desde la intersección del psicoanálisis y los estudios de género, se analiza el lugar asignado a mujeres y varones, cuestionando los saberes legitimados, al poner de manifiesto las bases androcéntricas de los discursos sociales.

En relación con la temática del vínculo con la madre como modelo de género, se acuerda con Dio Bleichmar [4] que hay una multiplicidad y diversidad de representaciones de la madre en la constitución de la femineidad. Existe diferencia entre las representaciones maternas de la niña como modelos conscientes e inconscientes del *self*, en contraste con las representaciones de la madre como rival edípico. En la teoría psicoanalítica, persiste la idea que madre hay una sola y que ésta tiene gran relevancia en la subjetividad de las mujeres. En general, no se discrimina entre las distintas clases de relaciones: apego infantil, dependencia autopreservativa, lazos emocionales y afectivos, rivalidad, competencia y, en consecuencia, distintos objetos internos o representaciones de la misma persona. Este solapamiento genera malestares cuando llega el momento de diferenciarse de los modelos de femineidad que representa la madre, puesto que la diferenciación sólo se interpreta y procesa como separación y ruptura de la relación. La autora sostiene que cada mujer ha internalizado un ideal del yo, frente al cual algunas sienten mayor armonía con relación a su cumplimiento; otras en cambio sufren por las contradicciones entre lo que debieran y lo que

creen ser. La discriminación entre la relación con la madre y la madre como modelo de género, permite preservar el vínculo de apego seguro, aun cuando no se reproduzca el modelo de femineidad ofrecido por la figura materna.

Respecto a la relación de pareja, cabe señalar la pregnancia que aún hoy tiene el mito del amor romántico, que consiste en la idealización del sentimiento amoroso y la expectativa de que la unión emocional con algún sujeto del sexo opuesto otorgue sentido y valor a la propia existencia, elevando la autoestima.

Dio Bleichmar [3] describió hace ya más de tres décadas, el modo en que la aspiración de tener un compañero, de ser la mujer de un varón, forma parte del sistema de ideales propuestos para el yo de las mujeres. Este anhelo de ser amadas comparte hoy su importancia con proyectos de autorrealización personal, en las jóvenes educadas en los sectores sociales medios urbanos. Sin embargo, no ha desaparecido, sólo se ha moderado y no encuentra una correspondencia semejante entre los varones de esta misma generación, cuyo desarrollo de autonomía personal se enmarca en una larga tradición cultural y se hipertrofia en el contexto del individualismo posmoderno [9].

Los «pactos de amor» [5] legitiman las relaciones entre varones y mujeres, «afectivizando» la subordinación de estas últimas, a través de mitos sociales como el de la mujer-madre, la pasividad sexual como inherente a la feminidad y el mito del amor romántico. La idea del amor como posesión, todavía presente en los contratos de pareja, incluye numerosas y variadas modalidades de violencia, que abarcan desde la creencia masculina del derecho de matar aquello que se posee, hasta aquellas más sutiles, que provocan sucesivos acomodamientos femeninos para responder a las exigencias del varón. De este modo, se considera imprescindible intentar repensar y deconstruir el amor considerado tradicionalmente como un tema personal y privado, teniendo en cuenta las desiguales relaciones de poder. Los vínculos tradicionales caracterizados por el dominio masculino sustentado en una estricta división

sexual del trabajo, resultan insatisfactorios y conflictivos en un universo cultural que aspira a la paridad entre los géneros [8]. En este sentido, el ideal de corresponsabilidad en el trabajo reproductivo [10], ha pasado a formar parte del imaginario social en nuestro entorno, cuestionando los referentes propios de la familia tradicional, que atribuye a las mujeres las tareas domésticas y de cuidado. Sin embargo, resulta significativo que esta exaltación de la igualdad y del papel activo de los varones en el ámbito doméstico-familiar, aún contrasta con las prácticas reales que tienen lugar en los hogares. A pesar de la incorporación masiva de las mujeres al empleo, a los diversos niveles educativos y a la política, persisten diferencias importantes según el género, en la dedicación a las tareas domésticas, al cuidado, al trabajo remunerado y al ocio. Mientras los varones han heredado el derecho a un tiempo propio derivado de su tradicional exención del trabajo familiar, ellas han asumido la domesticidad como mandato genérico, que supone anteponer las necesidades y deseos de otras personas a los propios. Las mujeres no sólo tendrían negado así el tiempo privado, por su mayor dedicación al trabajo familiar, sino también, el deseo de éste, ya que suele ser considerado como una forma de egoísmo.

Se considera que la instancia moral de las mujeres ha interiorizado la valoración y el enaltecimiento de la maternidad y del maternaje: la representación de la mujer madre forma parte de la subjetividad de la mujer moderna. Al mismo tiempo, se ha descalificado el descuido de los otros por parte de las mujeres, recurriendo al argumento que es anti natura y se ha desvalorizado a las mujeres sin hijos, generando en ellas culpa y miedo a perder la valoración y el afecto de los demás [5]. De toda la gama de representaciones que la heterodesignación de la femineidad ha construido en el nuevo régimen, aquella que perdura es el mito de mujer = madre. La idea central del mismo organiza tanto el conjunto de prescripciones que legalizan las diferentes acciones en el concebir, parir y criar la descendencia así como los proyectos de vida posibles de las mujeres concretas [6].

Lagarde destaca que la fórmula enajenante

asocia a las mujeres cuidadoras a otra clave política: «el descuido para lograr el cuidado» [6]. Las transformaciones del siglo XX reforzaron para millones de mujeres en el mundo un sincretismo de género: cuidar a los otros a la manera tradicional y, a la vez, lograr su desarrollo individual para formar parte del mundo moderno, a través del éxito y la competencia. El resultado son millones de mujeres tradicionales-modernas a la vez, atrapadas en una relación inequitativa entre cuidar y desarrollarse. Es significativo observar cómo la mayoría de las mujeres, aún las escolarizadas y modernas, las políticas y participativas, las mujeres que generan ingresos o tienen poderes sociales diversos, aceptan como un destino, la modalidad *superwoman* [6]. Resulta de interés analizar otro concepto propuesto por esta autora, el de mujer «madresposa» [7]. Son mujeres que tienen, al satisfacer las necesidades de sus hijos y su pareja, un desgaste físico y mental permanente, pero aún así se les niega el reconocimiento de trabajo, ya que se asume que las funciones realizadas por ellas son naturales a su género, a su condición femenina. La mayoría de las mujeres además de desempeñarse como «madresposas» también tienen otro trabajo, por lo tanto desarrollan dos jornadas laborales. El cuidado como deber de género es uno de los mayores obstáculos en el camino a la igualdad por su inequidad.

A pesar de que las condiciones de trabajo de varones y de mujeres han cambiado notablemente en los últimos tiempos, para muchas de ellas aún hoy constituye un conflicto excluyente la elección entre la familia y su carrera laboral. Con relación a ello, el concepto de techo de cristal [2], remite a una estructura interna cerrada y restrictiva. El miedo, la inhibición de la agresión, las identificaciones alienantes y la obediencia; limitan a la mujer y la confinan a una existencia empobrecida. Los mandatos de género internalizados entorpecen los movimientos psíquicos necesarios para la superación de etapas y el acceso a otros proyectos personales y/o laborales gratificantes. La limitación también es externa, debido a la acción de un contexto sociocultural que no brinda igualdad de oportunidades a varones y a mujeres. Esta situación incide en la aceptación, el sometimiento y la pasividad en relación con

valores sociales tradicionales.

Diseño metodológico

Se trata de un estudio descriptivo-interpretativo. La metodología del proyecto de investigación es mixta porque se emplean técnicas de orientación cualitativa y cuantitativa. En este artículo, se analiza el material clínico correspondiente al enfoque cualitativo, para el cual se aplicaron entrevistas en profundidad elaboradas en función de la temática en estudio.

La muestra está integrada por 40 mujeres de sectores medios urbanos de la ciudad de San Luis, cuyas edades oscilan entre 42 y 57 años, es decir que transitan la edad media de la vida. En cuanto a la escolaridad, 23 poseen nivel universitario, 8 terciario, seis secundario y tres nivel primario. Treinta y cuatro desarrollan actividades laborales fuera del hogar, las 6 restantes no tienen trabajo extradoméstico. Asimismo, 14 son docentes, 9 se desempeñan como empleadas administrativas, 6 son profesionales en relación de dependencia, 3 desarrollan emprendimientos independientes, una es empleada doméstica y otra operaria de fábrica. De las 40 mujeres, 30 se encuentran en un vínculo de pareja heterosexual al momento de ser entrevistadas. Sólo una no había atravesado por la experiencia de la maternidad.

Resultados

La relación con la madre como modelo de género en mujeres de mediana edad

Del análisis del material clínico obtenido a partir de la aplicación de las entrevistas en profundidad, se detecta que la totalidad de las mujeres de la muestra en estudio han tenido y/o tienen madres insertas en el paradigma de la modernidad con sus estereotipos y prejuicios. Describen progenitoras que respondían a un ideal de género femenino tradicional. En tal sentido afirmaban que el vínculo de pareja debe ser sostenido a pesar de las dificultades y los conflictos. De este modo, les proyectaban sus propias creencias, tales como: la mujer tiene que «seducir» a su esposo, debe ser «conciliadora» en las relaciones familiares y debe estar «al servicio de los otros». Varias de las madres de las entrevistadas no han trabajado fuera del hogar y otras

han desarrollado una actividad laboral en la administración pública de medio tiempo, o algún emprendimiento independiente de producciones artesanales, que realizaban en la propia casa. Es significativo que son descriptas con una dedicación a los hijos y al hogar de modo tan exclusivo como aquellas que no trabajaban. De esta manera, se sobreexigían tanto para que no se notara su ausencia, como para poder cumplir con los requerimientos y las necesidades, tanto de los hijos como de la pareja. Ellas respondían a ideales tales como: la mujer debe ser el sostén del hogar, garante de la salud mental de los hijos, reguladora de las tensiones familiares, dando cuenta de un poder reducido a la circulación de los afectos en el ámbito privado.

Se considera que los mandatos y estereotipos que prescriben todo aquello que deben ser y hacer las mujeres se incorporan a través de las identificaciones primarias al ideal del yo. Esta situación marca fuertemente el modo en que desarrollan los distintos roles que son asignados al género femenino. La tarea de desidentificación implica un proceso de reconocimiento y de reflexión para poder construir una manera propia de ser mujer. Se puede conjeturar que la mayoría de las entrevistadas (25 mujeres) ha tenido dificultades para discriminarse del modelo de género femenino que ha representado su madre.

El grupo de mujeres que ha podido realizar un proceso de desidentificación (15 mujeres), lo ha llevado a cabo en grado variable y sólo en algunos aspectos. Uno de ellos es la mayor independencia económica que presentan como consecuencia de su acceso al mundo laboral, con ingresos que significan un aporte importante a la economía familiar. Ellas valoran esta situación como un logro personal y una conquista que las diferencia de sus madres.

Otra característica que da cuenta de una revisión y cambios en su subjetividad, es la posibilidad de realizar una redistribución más equitativa de las tareas domésticas con la pareja, sin distinción por género. Así algunas mujeres al compararse con sus madres pueden reflexionar acerca de la sobrecarga

que percibían en ellas. Relatan: «...yo era adolescente y pensaba que mi mamá nos hacía demasiadas cosas», «...yo siento que no he repetido lo de mis papás» (S., 49 años). Le cuestionan a sus madres la actitud de estar al «servicio de todos» a pesar de que trabajaban fuera del hogar. Las describen muy pasivas, aceptando situaciones familiares complejas. Un ejemplo de ello es asumir el cuidado de sus padres mayores en su propia casa, sin poder considerar otras posibles soluciones y pedidos de ayuda. Ante la percepción de situaciones de sometimiento y sufrimiento silencioso de sus madres, revelan la capacidad de realizar una revisión del modelo de identificación propuesto.

Criticar el hecho que, en algunos casos, renunciaran a sus actividades laborales para dedicarse con exclusividad al cuidado del esposo, de los hijos y del hogar. Consideran que hubiese sido enriquecedor para su desarrollo personal que continuaran trabajando, ya que era algo que disfrutaban. También cuestionan la actitud pasiva que asumían en cuanto a la administración del dinero.

Estas mujeres, que han podido diferenciarse en grado variable del modelo de género de su madre, han incorporado como valores que luego han trasladado al vínculo con sus hijos, la capacidad de cuidar a otros, sostenerlos y la fortaleza de afrontar situaciones adversas. Ello daría cuenta de un modelo de género que incluye la ética del cuidado. La maternidad es un proyecto prioritario que ha sido libidinizado de tal modo, que ha implicado renuncias que no son reconocidas como una postergación. Es decir, el ser madre constituye un ideal fuertemente narcisizado.

Revelan una actitud reflexiva en cuanto a ciertas limitaciones que presentan en el ejercicio del rol materno, relacionándolas con algunas situaciones complejas vividas durante la infancia. Ello daría cuenta de una resignificación de ciertos aspectos de la propia historia.

Cabe señalar que la posibilidad de diferenciarse en algunas características del modelo de femineidad representado por las madres,

ha transcurrido preservando el vínculo de apego tierno con ellas. Esto ha sido posible debido a una mejor elaboración de los sentimientos ambivalentes involucrados en esta relación. Tienen conciencia de características complejas y difíciles de sus madres. Algunas se discriminan en la elección de sus parejas, al describirlos como protectores y confiables.

Resulta significativo que en relación a la maternidad, al total de las mujeres de la muestra en estudio les resulta complejo redefinir este rol, ya que lo desarrollan de un modo tradicional. Predomina la identificación con una figura abnegada, que posterga sus necesidades en pos del bienestar de sus hijos. La internalización de este modelo las lleva a reproducir el ejercicio de la maternidad al estilo de sus propias madres, aunque desde lo discursivo enfatizan pequeñas diferencias.

Las otras 25 mujeres del total de 40, reproducen ideales y prácticas familiares con un mayor grado de adhesión a la imagen materna. Esta permanece como un objeto interno altamente idealizado, lo cual les dificulta la posibilidad de construir modalidades diferentes de ser mujer, más acordes al reconocimiento de los propios deseos.

Algunas expresiones ilustrativas son: «...soy muy a lo de antes, creo que lo que soy como mujer me lo transmitió mi mamá, lo que tiene que ser...» (D., 48 años), «...desde chica me preparé para ser maestra como mi madre» (G., 47 años). Se detecta el modo en que se ajustan al mandato sin crítica ni cuestionamiento. La idealización del modelo incide en el sentimiento de insatisfacción por no poder cumplir con el ideal. Se muestran muy esforzadas en el trabajo, en las tareas del hogar y en el intento de dar respuestas a todas las necesidades de sus hijos/as.

Otras por su condición de mujer, asumen con exclusividad el cuidado de sus padres. Los múltiples roles que desempeñan, les ocasionan una sobrecarga y una hipere exigencia. Se someten a mandatos superyoicos, sin poder darse cuenta del costo emocional que ello implica y de la incidencia negativa en su calidad de vida.

En otros casos, si bien se identifican con progenitoras con cualidades más constructivas, no han podido realizar un proceso de modificación con matices personales. El modelo de una madre continente, cálida, compañera de los hijos y de la pareja, capaz de establecer vínculos íntimos, ha sido incorporado en la constitución de la propia subjetividad sin variantes. De este modo, cualidades como el altruismo y la capacidad de lucha que estas mujeres vinculan con el cuidado de las relaciones familiares, dan cuenta de la prioridad que le otorgan a los afectos en el mundo privado, por encima de cualquier otra gratificación en el ámbito público.

Es significativo que un número importante de este subgrupo de mujeres (10 del subgrupo de 25), describen madres con estados mentales muy perturbados, con cuadros depresivos, adicciones y conductas violentas e impulsivas. En este sentido, relatan situaciones que dan cuenta de las intensas fallas en el *reverie* materno [1], a su vez sus padres son percibidos con déficit en su función. En la pareja parental predominaban intercambios violentos, destructivos, con situaciones de infidelidad y sometimiento de sus madres a los deseos arbitrarios de la figura masculina.

A partir de este modelo de femineidad, se advierte en estas entrevistadas una profunda desvalorización, falta de proyectos personales y escasa libidinización de las actividades laborales, que son desarrolladas de manera monótona y sólo como medio de subsistencia.

La incidencia de los estereotipos tradicionales de género en el vínculo de pareja

Se detecta que 36 de las 40 mujeres indagadas no han logrado poner en crisis los estereotipos de la cultura patriarcal sobre el rol de la mujer en el vínculo de pareja.

Se advierte en este subgrupo que predomina una relación con cualidades de asimetría entre los géneros, observándose el dominio de los varones sobre las mujeres en distintas áreas de la vida.

Cabe señalar que 6 de ellas no realizan trabajo remunerado, a pesar de contar con estudios terciarios y/o universitarios y en varios

casos, de haberse insertado en el mercado laboral en la juventud, con diferentes grados de satisfacción; 4 de ellas dejaron su lugar de residencia acompañando en sus traslados a San Luis a sus maridos, priorizando la decisión y el deseo de los varones, sin ningún cuestionamiento sobre sus motivaciones. Algunas expresiones que dan cuenta de ello son: «Alguien debía dejar el egoísmo de lado» (N., 50 años), «Dejé mi profesión y el lugar donde vivía, en el cual me sentía a gusto... por dentro sangraba» (L., 53 años). Esta «renuncia altruista» las ubica en una situación de dependencia económica, sin posibilidades de participar en decisiones de relevancia, como nuevas inversiones, el destino de bienes muebles e inmuebles de la pareja, entre otras.

Es de destacar que estas entrevistadas niegan las características de sometimiento del vínculo conyugal, apareciendo en el relato una ilusión de ser ellas quienes administran el dinero, al recibir del marido una pequeña suma para los gastos diarios y el pago de las facturas de los servicios.

Resulta significativo que si bien ocho de estas treinta y seis mujeres lograron divorciarse de su primer marido, lo cual fue vivido como una «liberación» porque estaban sometidas a violencia de género, sin embargo, repiten con posteriores parejas similares condiciones de opresión. Se conjetura que esto estaría relacionado con su posicionamiento como «ser para los otros» y como sujetos que necesitan ser tutelados por su desvalimiento, entre otros factores. De igual modo, se advierte en estos casos que aún hoy la disolución de un vínculo conyugal afecta de modo desigual a los géneros, ya que los varones se desentendieron en gran medida de sus responsabilidades parentales.

Un elemento común que comparten las mujeres de este subgrupo es la relevancia otorgada a constituir y mantener —en algunos casos, con un alto costo psíquico— un vínculo de pareja con un varón. Algunas manifestaciones que ilustran esta situación son las siguientes: «una mujer que no tiene pareja ni hijos no tiene ubicación social» (M., 49 años), «soy conciente que permanecemos porque me amoldé a él» (J., 51 años) y «hay

que arreglarse, ser complaciente, para que tu marido no se vaya con una mujer más joven» (D., 48 años).

Cabe señalar que aún en los casos de las mujeres que trabajan fuera del hogar, son los varones quienes toman las decisiones económicas significativas en la familia. Además, en ciertos casos, ellos se apropian del dinero y de los bienes, como así también de la fuerza de trabajo de la mujer, ya que algunas de las entrevistadas colaboran en los emprendimientos de sus maridos sin retribución alguna.

En numerosas mujeres están tan naturalizadas las diversas situaciones de violencia, que a pesar que la padecen no se quejan ni reclaman, irrumpiendo el malestar a nivel somático o como síntoma depresivo.

En varias de ellas, casadas durante más de dos décadas, persiste el ideal del amor romántico. Se advierte que a éste subyace una intensa fragilidad psíquica por lo que necesitan de modo imperioso una figura de apego que las proteja. M. (48 años) menciona: «Yo estoy completa con mi marido, no necesito otra cosa para sentirme bien». J. (44 años) relata: «Siempre fui como la Susanita de Mafalda, creo que para la mayoría de las chicas es así, encontrar al hombre de tu vida y formar una familia». Otras expresiones de estas personas son: «A la pareja hay que mantenerla a pesar de todo». «La meta como mujer era tener un marido con el cual casarme y vivir con él hasta que me muera». «Valoro mi capacidad de amoldarme a mi marido».

Otro aspecto a ser destacado es la persistencia de la situación de tutelaje respecto de los varones, sin la posibilidad de cuestionamiento alguno de este estado de infantilización del género femenino. S. (54 años) afirma «...fue un matrimonio de amigos que duró 30 años... el matrimonio fue un pasaje de un padre a otro».

Estas 36 entrevistadas describen la relación de pareja con un escaso intercambio verbal, con una sexualidad experimentada como un cumplimiento del deber conyugal, sin proyectos compartidos. Es decir, las mujeres se ubican como objetos de deseo, sin posibilidad

de transformarse en sujetos deseantes y protagonistas de sus propias vidas. En general, les resulta difícil reconocer los cambios operados en la sexualidad en función de las características del vínculo y del paso del tiempo. Se infiere del análisis del material clínico, una fuerte tendencia a la negación de los conflictos intra e interpersonales así como el sometimiento a los condicionamientos derivados del sistema sexo/género. Sin embargo, continúan en este tipo de vínculo, sin recursos para realizar un análisis crítico, a raíz de lo cual persisten en un clima emocional descrito por varias de ellas como «meseta». S. (45 años, 5 hijos) manifiesta: «...hace mucho que no tenemos relaciones (dos años), porque no tenemos espacio ni tiempo, andamos a mil los dos todo el día y los hijos adolescentes andan circulando siempre por la casa».

Se detecta que todas se hacen cargo de las tareas domésticas, recibiendo en algunos casos sólo «ayudas» puntuales de sus parejas. Ello está de tal modo instituido como propio del rol femenino por la cultura patriarcal e internalizado por las mujeres, que realizan grandes sobreesfuerzos para conciliar este rol de ama de casa, «reina del hogar», con el de esposa, madre y trabajadora. Algunas expresiones que dan cuenta de ello, son las de «mujer orquesta» y «multifunción», con las que se autodefinen dos de las entrevistadas.

Otro aspecto relevante a señalar, es el maternaje que realizan de sus parejas, es decir se posicionan como «madresposas» [7], dado que se ocupan de la alimentación, la vestimenta, el cuidado de la salud, la contención afectiva, entre otras tantas tareas. Se observa de este modo, la creencia en el poder de los afectos, según la cual sienten poseer un estatus especial en la dinámica familiar. M. (44 años) afirma que «la mujer está más preparada para cuidar al hombre». F. (45 años) expresa: «antes mi única manera de demostrar mi amor era a través de preparar la comida».

Sólo 4 de las 40 mujeres que constituyen la muestra, han construido un vínculo de pareja en el cual predomina un intercambio cálido, constructivo y de confianza, así como de respeto por los intereses y espacios personales

de cada uno. Se sienten valoradas por sus parejas como mujeres en sus diversos roles, como compañeras, madres y profesionales. Han elaborado proyectos en común de distinto tipo: viajes, inversiones, emprendimientos, entre otros. Con relación a la sexualidad, estas mujeres perciben el cambio que han experimentado con el paso de los años, ya que se sienten menos inhibidas, más seguras y con mayor capacidad para disfrutar. Es decir, han podido ir conquistando la posición de sujetos de su propio deseo. En la actualidad, en que se encuentran atravesando la edad media de la vida, pueden realizar un relato de su historia personal en el que registran los recursos que fueron desarrollando a lo largo de su vida y que les han permitido cuestionar y discriminarse de las rígidas normas sexistas transmitidas por sus familias de origen. Ellas pueden reconocer las diferencias entre su vínculo de pareja y el de sus padres, así como desempeñar la función materna de un modo diferente y más saludable que sus progenitoras. Se sienten orgullosas y satisfechas por haberle dado a sus hijos ya adolescentes, «libertad para pensar y autonomía» (Z., 46 años). Disfrutaban en la actualidad de las particularidades de este período vital, en el que por el crecimiento de los hijos han podido realizar nuevos emprendimientos y retomar actividades deportivas y artísticas que eran de su agrado. Es por todo ello, que pueden tolerar el paso del tiempo y anticipar su deseo de compartir nuevos y diferentes momentos con su pareja en la vejez. M. (48 años) expresa: «...no quería vivir como mi mamá soportando siempre lo insoportable, perdí el amor a mi ex marido por sus irresponsabilidades y por no ser escuchada». A diferencia de ello, manifiesta que su pareja actual: «...me estimula a crecer profesionalmente, nos acompañamos, es afectuoso... El objetivo no es formar una familia, sino compartir este trayecto de la vida, conservando cada uno su autonomía».

El mandato de la maternidad como eje central de la identidad femenina

Cabe señalar que 36 de las 40 mujeres de la muestra total, han interiorizado un tipo de ideal social, el ideal maternal, que pasa a ser constitutivo de su definición como sujetos. En todas ellas, se detecta que la identidad femenina está definida por la condición de ser

madre, por lo cual la maternidad es considerada —sin revisión crítica alguna— como la función más relevante de una mujer, es decir, aquello que le otorga sentido a su vida y que la ubica en un lugar de mayor jerarquía.

Es posible conjeturar que la subjetividad femenina en estos casos, está estructurada en base al mito mujer=madre [5], aún en la que no ha tenido hijos. Les resulta muy difícil hacer una revisión crítica del mismo. Si bien la mayoría de ellas tiene una escolaridad terciaria/universitaria y tiene trabajo remunerado en el ámbito extra doméstico, la motivación fundamental de sus vidas está centrada en el ser para los otros, en particular para los hijos.

Se advierte que han incorporado una serie de prescripciones en relación a la moral materna que supone una subjetividad femenina domesticada.

La maternidad ocupa un lugar tan relevante que les cuesta representarse a sí mismas como personas con otros proyectos en los que los hijos no estén presentes o no ocupen el lugar central. En este sentido, todas ellas consideran que la ausencia de prole constituye una carencia para toda mujer, generalizando su creencia a todo el género femenino. Algunas expresiones que dan cuenta de ello son: «No me hubiera imaginado la vida sin hijos...las que no los tienen se pierden una etapa de gozo y entrega» (L., 50 años), «Si no tenés hijos, no servís como mujer», «La vida no tiene sentido si no tenés a alguien para cuidar... un hijo es todo» (S., 48 años). M. (47 años) señala: «Tener un hijo es tener a alguien que te va a amar siempre».

La maternidad continúa siendo considerada como el destino del género femenino, es decir, formando parte del ideal del yo. En este sentido, los hijos son vividos como un sostén que las completa.

En sus relatos, se detecta que el malestar que experimentan en la actualidad se vincularía con la disminución de la autoestima, ya que el cuidado de los hijos ha constituido un suministro narcisístico de gran relevancia.

Estos son descriptos como el «motor», el «puntal», como el «motivo» que da sentido a su existencia. Algunas expresiones que dan cuenta de ello son las siguientes: C. de 43 años manifiesta: «traje a mi hija para salvar a la pareja, pero vino a salvarme a mí». M. (50 años) afirma: «estoy contenta con mi familia porque no somos tres somos uno, somos una sola cosa... En esta etapa de la vida me siento feliz porque mi marido y mi hija son producto de mi creación». T. de 55 años sostiene: «...Mis hijos han sido el puntal de mi vida, en momentos de depresión o angustia han hecho que continuara con mis actividades, ya que necesitaban de mi cuidado».

De igual modo, han asumido sin cuestionamientos el mandato de la cultura patriarcal, que le asigna a la mujer toda la responsabilidad del desarrollo físico y psíquico saludable de los mismos. Es significativo que aún hoy la tarea de crianza y educación de los hijos siga siendo considerada como una obligación exclusiva de la madre. Este hecho está naturalizado hasta tal punto, que cuando los padres colaboran, con una pequeña ayuda, es vivido como un acto de «gran generosidad» (Z., 48 años).

Se advierte que varias de ellas no pudieron sostener sus proyectos laborales, en función de haber priorizado el proyecto familiar, asumiendo el rol de ser el «centro de la organización familiar y de la contención emocional de todos los miembros» (P., 51 años). En ellas, se detectan intensas dificultades para tolerar el crecimiento de los hijos, que ya son adolescentes y adultos jóvenes, como sujetos autónomos y con proyectos personales. Estas mujeres intentan mantener un vínculo con características infantiles con sus hijos, para no perder el protagonismo de la vida familiar, a partir del poder de los afectos.

Esto se podría vincular con el estado mental que presentan al momento de ser entrevistadas, que se caracterizaba por intensos sentimientos de vacío, soledad y falta de sentido de la vida, que se había acentuado en la edad media, por haber sido la maternidad el eje exclusivo de su posicionamiento subjetivo. En algunos casos, este malestar se manifestaba en cualidades de desvitalización y de rasgos depresivos.

Por otra parte, se registra que las mujeres que tienen una ocupación remunerada, intentan conciliar los espacios de producción y la función materna pero lo hacen con un alto costo psíquico, viviendo la maternidad con sentimientos de culpa y como un sacrificio muy abrumador. En función de ello, se podría conjeturar que la intensa ambivalencia que se advierte en muchos casos hacia los hijos —aunque se haya tratado de un deseo personal— deriva de la sobreexigencia que implica la responsabilidad por la crianza de los mismos, que en la mayoría de los casos es realizada con mínima colaboración por parte de la pareja.

Cabe señalar que si bien todas realizan un gran sobreesfuerzo para conciliar los roles de madre, esposa y ama de casa con el de trabajadora, esto no es registrado como tal, cumpliendo con las prescripciones sociales, sin quejas ni reclamo alguno. T. de 47 años afirma: «Ando sin respiro, pendiente de todo». Otras dos entrevistadas expresan: «...La mujer siempre hace de madre, siempre cuida, atiende muchas cosas» (A., 52 años).

Sin embargo, expresan que se sienten aliviadas en esta etapa vital, por no tener que ocuparse de la crianza de niños/as pequeños/as. Algunas de estas mujeres, manifiestan que hubieran deseado poder elegir un momento de su vida más tardío para comenzar a tener hijos/as, así como poder decidir la cantidad de los/as mismos/as. Varias de ellas pueden relatar con una gran carga afectiva, lo «abrumadora», «pesada» y «turbulenta» que les resultó esta actividad. En general, esta tarea fue llevada a cabo por ellas totalmente solas (mujeres divorciadas cuyas parejas se desentendieron completamente de la función parental) o recibieron escasa «ayuda» de los padres. Es significativo que esta desigual división de las tareas referida a la educación de los hijos, sea aceptada y naturalizada como lo que corresponde, y que por lo tanto no se reclame ni se revise críticamente.

S. de 47 años expresa: «...lloraba porque no podía con todo, atender la casa, los niños, estaba acostumbrada a no hacer nada en mi casa... andaba a mil». F. (45 años, 5 hijos) afirma: «...antes era estar para ellos como

sea, sangrando, pero estaba, y hay veces que no podés estar, dejé cosas mías y dejé la pareja de lado».

En otras mujeres, es posible inferir que niegan el sentimiento de agobio y cansancio que han experimentado, respondiendo al mandato genérico que impone que la mujer debe realizar el rol de madre con abnegación, alegría, incondicionalidad y sin queja alguna. Algunos ejemplos son: M. (57 años) manifiesta: «yo lo único que hice fue servirles sin pedir nada...tal vez ese haya sido mi error, darles, darles, darles». L. (54 años) se autodefine como que todo lo puede, aludiendo a que ha trabajado con el marido, realizaba las tareas domésticas, la crianza de los hijos y una actividad artística que le gustaba. Afirma que ha realizado todos estos roles «sin dificultad ni agotamiento... He sido muy buena madre. Siempre muy pendiente de ellos, quizás demasiado».

Se considera que los malestares se acentúan por la dificultad para contar con tiempo para tener espacios creativos y/o recreativos así como la posibilidad de establecer nuevos vínculos extra familiares gratificantes. Es relevante puntualizar que cuando estas mujeres logran realizar algún tipo de actividad extra doméstica, ya sea deportiva, artística o social, se sienten «egoístas» en relación a su familia, ya que no se permiten tener iniciativas que les proporcionen bienestar y placer personal.

Es significativo que sólo 4 de las 40 entrevistadas de esta investigación, hayan logrado realizar una revisión crítica de las prescripciones, mandatos y estereotipos que la cultura patriarcal ha instituido como específicos del género femenino, en relación al rol de madre.

Una de ellas reconoce que no tiene una «familia Ingalls», no cayendo en la idealización de las entrevistadas anteriormente analizadas, valorando la autonomía así como el mayor espacio y tiempo para sus actividades personales, al que da lugar el crecimiento de sus hijos. Algunas expresiones que dan cuenta de ello son: «soy una madre paciente, trato de preservar su autonomía y darles confianza...no soy una madre que tenga que

estar en todo... la maternidad no es determinante para la mujer... no tener hijos no te hace incompleta...comparto con el padre todas las decisiones en relación a la crianza...trato de delegar tareas» (P., 50 años). Considera que el rol de madre no es el más importante y que los padres también son responsables de la salud física y mental de los hijos.

Otra de las mujeres de este subgrupo, L. de 46 años, se encontraba finalizando una segunda carrera universitaria al momento de ser entrevistada, lo que le proporcionaba gran satisfacción, así como el hecho de haber retomado una actividad deportiva, en la que se había destacado en su juventud. También podía rescatar que había recuperado la posibilidad de compartir mayor tiempo con su pareja y de poder elaborar proyectos para el futuro.

Si bien para L., la maternidad ha sido una elección, puede reconocer los conflictos y la complejidad de esta tarea en la cultura patriarcal. Con el paso del tiempo, ha podido discriminarse de su propia madre en este rol y construir su propio estilo, en el que jerarquiza la promoción de la autonomía de los hijos y la «libertad para pensar», pudiendo disfrutar del crecimiento de ellos, ya que le permite contar con mayor tiempo para sus intereses personales.

Z. (48 años) relata que las aspiraciones en relación con sus hijas son que «sean felices e independientes» y que para ello ha tratado de brindarles herramientas. Realiza una revisión crítica de los mandatos e ideales de género transmitidos por su familia y en función de ello, espera que se reciban de sus carreras universitarias, «viajen y no se casen tan pronto».

Se advierte que en estas entrevistadas, a pesar de este posicionamiento subjetivo, irrumpen en su relato algunas expresiones que dan cuenta de ciertos resabios de mandatos tradicionales. Esto se detecta cuando Z. expresa que, aunque sabe que es absurdo, siente culpa cuando viaja sólo con su pareja actual, a pesar de que sus hijas son adultas jóvenes universitarias. Sin embargo, sostiene que en esta etapa «sus metas son

más hedonistas que altruistas».

En general, estas 4 mujeres han intentado promover en sus hijos el desarrollo de un pensamiento propio y crítico, transmitiendo modelos y mensajes de género de carácter no tradicional. Se advierte que han podido realizar una revisión de los estereotipos sociales con respecto al ser femenino. Desvinculan claramente la maternidad de la femineidad, considerando que el deseo de tener hijos es una decisión absolutamente personal. En estos casos, han logrado diferenciarse de la madre como modelo de género, pero pudiendo conservar la relación de apego. El vínculo con los hijos presenta características de reconocimiento de los cambios en la relación por el paso del tiempo, existiendo un diálogo con cualidades enriquecedoras.

Los malestares femeninos vinculados a la doble jornada laboral

Cabe señalar que la amplia mayoría de la muestra estudiada elige trabajos que tradicionalmente han sido asignados al género femenino: docencia, asistencia social, tareas artesanales y administrativas. En estas actividades se destaca la importancia del vínculo con los otros, en el cual se ponen en juego los sentimientos, la capacidad de contención, la tolerancia, la actitud de servicio y habilidades manuales ligadas a lo doméstico. Es decir, la tendencia asignada a las mujeres por el imaginario colectivo a maternalizar los roles. Cabe señalar la identificación que realizan con la figura materna, ya que en el caso de las madres que trabajaban, han desarrollado este tipo de actividades. Ello significó para las mujeres indagadas, la posibilidad de conciliar el trabajo con los requerimientos familiares y domésticos, sin poder reconocer el elevado costo físico y psíquico que implica.

De las mujeres estudiadas, 13 han podido significar el trabajo como un espacio para obtener gratificaciones personales. Este ha adquirido el sentido de una actividad reparatoria y les ha posibilitado no sólo la independencia económica sino también mayor autonomía afectiva en el vínculo con la pareja. Sin embargo, resulta significativa la escasa motivación aún en las mujeres que desarrollan la profesión que han elegido, para procu-

rarse nuevos espacios de crecimiento en sus proyectos laborales y plantearse metas a futuro. Vivencian los logros alcanzados con satisfacción, ya que estos no han interferido el desempeño de los roles tradicionales.

Es decir, que el esfuerzo por compatibilizar el trabajo con la maternidad es naturalizado y forma parte de un mandato que funciona como una limitación que no puede ser revisada, que constituiría un techo de cristal interno [2]. A modo de ilustración, es significativo mencionar el caso de una de las mujeres, que es abogada, y que revela una identificación con las figuras masculinas de su familia. Es de destacar que, habiendo alcanzado un buen desarrollo profesional, pide licencia para mudarse con su esposo y su familia a un país limítrofe, debido a un ascenso laboral de su pareja en una empresa multinacional. Relata que no dudó en tomar la decisión, priorizando el progreso profesional del otro y postergando el propio. Manifiesta que fue un costo emocional muy alto, ya que implicaba renunciar a un trabajo que le gustaba y a una ciudad en la que se sentía a gusto. En su discurso enfatiza cómo desde su «lógica de pensamiento» no cabía otra posibilidad más que «apoyarlo en su crecimiento». Se advierte la fuerte incidencia de los mandatos de género, mediante los cuales esta mujer asume que ser buena esposa es seguir incondicionalmente a su marido sin poder evaluar otras posibilidades para la familia, que contemplen también deseos y proyectos propios.

Otras mujeres destacan la valoración que reciben de parte de sus compañeros de trabajo como un suministro narcisista que eleva la autopercepción de sí mismas como mujeres. Relatan además que sus parejas las acompañan, estimulan y aprecian sus proyectos laborales. Se advierte que este grupo de mujeres ha tenido en general una fuerte presencia paterna en su desarrollo, recibiendo apoyo afectivo e intelectual para concretar sus proyectos profesionales y laborales.

Las 21 mujeres restantes vivencian sus trabajos de modo rutinario. En algunos casos éste adquiere una finalidad pragmática ligada a la satisfacción de necesidades básicas, en otros es valorado como un espacio para esta-

blecer relaciones sociales o tiene un sentido defensivo frente a vivencias de vacío y desamparo experimentadas en su historia vital. Si bien desarrollan actividades laborales, consideran las tareas del hogar, el ejercicio de la maternidad y la disponibilidad frente a las necesidades de los otros, como las características definitorias de su ser. Repiten en su estilo de vida estereotipos tradicionales de femineidad. Se esfuerzan por combinar los distintos roles, sin posibilidad de realizar algún tipo de cuestionamiento, ya que se identifican con un ideal de género que expresan del siguiente modo: «la mujer lo puede todo, trabaja, cuida a los hijos, sale con amigas, se da maña» (A., 52 años), «la mujer está siempre, el hombre en la calle» (G., 54 años), «hacerse cargo de los hijos es la base de todo» (Z., 48 años). Han optado en el trabajo por tareas relacionadas con la docencia, al igual que sus madres.

Se advierte además que en muchos casos la actividad laboral está teñida de situaciones conflictivas no elaboradas a lo largo de su historia personal. El trabajo conlleva para ellas la postergación de actividades que pudieran resultar placenteras. En este contexto esperan e idealizan el momento de la jubilación como una manera de liberarse del intenso padecimiento, a pesar de que cronológicamente no se encuentran en una edad próxima a finalizar la etapa laboral activa. Se advierte además la falta de conciencia de los sentimientos de vacío que experimentan en función de la dificultad para elaborar proyectos alternativos, por el estado de desvitalización en el que se encuentran.

Otro tipo de funcionamiento dentro de este subgrupo en el que el trabajo no tiene el valor de un espacio de desarrollo y crecimiento, denota características adictivas como un modo de eludir conflictos internos. De esta manera, en mujeres que han alcanzado un elevado nivel de logro académico, se infiere el sometimiento a modelos identificatorios hiperexigentes e inalcanzables que las lleva a trabajar de un modo excesivo.

Las 6 mujeres que no realizan un trabajo remunerado fuera del hogar, revelan una intensa identificación con un modelo de mujer tradicional. Es significativo que 3 de

ellas han finalizado estudios universitarios y han desarrollado su actividad profesional durante un período de tiempo, en los comienzos de su relación de pareja y constitución de su familia. Luego renuncian a la actividad laboral, que experimentan como un gran esfuerzo, ante las dificultades para establecer una corresponsabilidad con sus parejas en la crianza de los/as hijos/as y en las tareas domésticas. Se detecta que el trabajo productivo es vivido como algo opresivo que atenta contra el equilibrio y sostén de los hijos, así como de la pareja. Las situaciones de la historia personal contribuyen a sostener el mandato patriarcal que promueve una dedicación absoluta de las mujeres a los roles tradicionales, como garantía de salud mental de todos los miembros de la familia. La identificación con un modelo materno para el cual el trabajo no era una opción o un deseo, incidiría en la dificultad para integrarlo como un aspecto enriquecedor para el *self* femenino.

A modo de conclusión

A partir del análisis del material clínico obtenido, se advierte que la mayoría de las mujeres han tenido dificultades para diferenciarse del modelo de mujer que han representado sus madres. Se han identificado con un ideal de mujer tradicional, intentando llevar a cabo con el mismo nivel de excelencia, las actividades correspondientes al ámbito doméstico y extra-doméstico. Se detecta que en el contexto familiar de algunas mujeres, la figura femenina se encontraba devaluada y sometida al mandato masculino. De este modo, predominaban sentimientos de incapacidad, desvitalización y desconfianza en sus propios recursos. Aquellas que han podido realizar un trabajo de reflexión, elaboración y resignificación de su historia personal, han podido construirse como mujeres con ideales y proyectos diferentes a los de sus propias madres, en algunos aspectos más que en otros.

La mayoría de las mujeres revelan severas dificultades para poner en cuestión el rol tradicional asignado al lugar de la mujer en la pareja. De este modo, persiste el mito del amor romántico que encubre las desigualdades entre los géneros. Se evidencia una amplia distancia entre lo que sostienen en su discurso manifiesto en el que apelan a inte-

lectualizaciones sobre lo que es ser mujer; y sus prácticas cotidianas, en las cuales se detecta el sometimiento al poder masculino.

Resulta significativo que sólo 4 de las 40 mujeres entrevistadas hayan podido realizar una revisión crítica de los estereotipos genéricos en relación con el rol de madre que ha construido el patriarcado. Las dificultades para cumplir los mandatos de género sobre el ideal maternal se viven como un déficit personal que genera insatisfacciones y, en consecuencia, produce efectos subjetivos negativos.

El trabajo ha significado, en la mayoría de ellas, una salida del ámbito familiar que les ha posibilitado una mayor autonomía. Sin embargo, consideran prioritarias las gratificaciones en el ámbito privado. De este modo, se esfuerzan por conciliar los múltiples roles

viviéndolos con una sobre exigencia que es naturalizada.

La internalización de los mandatos de género tradicionales incide en estas mujeres en la constitución de barreras internas que interfieren en la posibilidad de desarrollar proyectos laborales con mayor grado de libertad y creatividad.

En el contexto actual se asiste a una ilusoria creencia que a partir de haber conquistado ciertos derechos y espacios sociales, se ha superado la asimetría entre varones y mujeres. Si bien los resultados obtenidos no pueden generalizarse, nos interpelan en nuestro rol de profesionales de la salud mental, en relación con la necesidad de contribuir a la concientización sobre las desigualdades que aún persisten en los procesos de subjetivación de las mujeres.

Referencias

1. Bion WR. Una teoría del pensar. En: *Volviendo a pensar*. Buenos Aires: Paidós; 1967. p. 160.
2. Burin M. Género y Psicoanálisis. Subjetividades femeninas vulnerables. En: Burin M, Dio Bleichmar E. Comp. (1996). *Género, Psicoanálisis, Subjetividad*. Buenos Aires: Paidós; 1996. p. 78.
3. Dio Bleichmar E. *El feminismo espontáneo de la histeria*. Madrid: ADOTRAF; 1985.
4. Dio Bleichmar E. Otra vuelta más sobre las teorías implícitas del psicoanalista sobre el género. *Aperturas Psicoanalíticas* [Internet]. 2010 [citado 10/10/2017] 36. Disponible en: <http://www.aperturas.org/articulos.php?id=679&a=Otra-vuelta-mas-sobrelas-teorias-implicitas-del-psicoanalista-sobre-el-genero>
5. Fernández AM. La mujer de la ilusión. Pactos y contratos entre hombres y mujeres. Buenos Aires: Paidós; 1993.
6. Lagarde y de los Ríos M. Mujeres cuidadoras: entre la obligación y la satisfacción. En: *Congreso Internacional Sare 2003: Cuidar cuesta: costes y beneficios del cuidado*. s/d: Emakunde y Comunidad Europea Fondo Social Europeo; 2004. p.155-60.
7. Lagarde y de los Ríos M. *Los cautiverios de las mujeres: madresposas, monjas, putas, presas y locas*. México: UNAM; 2003.
8. Meler I. *Recomenzar. Amor y poder después del divorcio*. Buenos Aires: Paidós; 2013.
9. Meler I. *Comp. Psicoanálisis y género. Escritos sobre el amor, el trabajo, la sexualidad y la violencia*. Buenos Aires: Paidós; 2017.
10. Royo Prieto R. Maternidad, paternidad y desigualdad de género: los dilemas de la conciliación. *Zerbitzuan: Gizarte Zerbitzuetarako Aldizkaria*. 2013; 53:123-134.